

Mario Osses

Noticiario

«JEMMY BUTTON», de *Benjamín Subercaseaux*. Ediciones Ercilla, 1950

La obra duplica en extensión al «Quijote», y se divide en tres libros: «Cachorros del Hombre», «La Ruta Inexplorada», «El Cabo de Hornos no mira Atrás».

Trátase en sustancia del viaje hecho a Tierra del Fuego por el mozo capitán inglés Fitz-Roy en 1830, de su retorno a Londres con cuatro adolescentes indígenas y la restitución de éstos a Wulaia, en la isla Navarino, al cabo de breve lapso.

Junto a Fitz-Roy se destacan los ingleses Bynoe—médico ayudante en la «Beagle»,—y muy posteriormente el pastor Richard Matthews. Entre los deuteragonistas de la estirpe mencionada están la madre de Fitz-Roy, Lady Frances, los marineros Elsmore y Evans, el pastor Wilson y su mujer, y más episódicamente algunos aristócratas homosexuales, Disraeli, Cochrane y hasta los propios reyes. Sudamérica aporta algunas caricaturas de personajes criollos de Montevideo y Brasil. Los archipiélagos fronteros a Tierra del Fuego merecen lugar aparte, pues de allí proceden el

protagonista Jemmy Button, tekenika de 14 años y los restantes indígenas: los alikhoolips Boat Memory, York Minster y Fuegia, de 20, 26 y 12 años respectivamente.

Subercaseaux nos advierte en el prólogo que Fitz-Roy se suicida mucho más tarde «por haber visto ya bastante mundo», y lo atribuye al quebranto producido por los indígenas, quienes «se le adentraron en el alma más de lo que conviene para la buena salud mental de quienes se ejercitan en el bien». Califica a «Jemmy Button» de «simple novela de aventuras», e insiste en que—como tal—es fruto exclusivo de la imaginación, toda vez que se abstraigan las circunstancias históricas relativas a la vida de uno que otro personaje.

Psicológicamente, la obra es crepuscular, de claros-curos.

Tanto Bynoe como nuestro capitán evidencian inclinaciones «originales», que no favorecen demasiado al sexo femenino. El complejo del comandante de la «Beagle» alcanza su exacta filiación por el antecedente familiar que se nos procura: una madre histérica y egoísta que tiraniza sádicamente al hijo segundo, mientras ha mimado al primogénito. Quienquiera tenga noticias leves de las fijaciones edipianas de la libido en que insiste Freud, como asimismo de las doctrinas de Adler sobre los niños odiados, comprenderá el puritanismo y la soberbia de Fitz-Roy, defensores de su íntima debilidad. En Bynoe tenemos que suponer parecidas raíces. Recordemos que mientras Jemmy Button absorbe las potencias especiosamente paternas del capitán, Boat Memory preocupa a Bynoe más de la cuenta. A Bynoe, que en Puerto Marzo protagoniza en idílica, dulce soledad con el

adolescente amigo, cuadros de tan desnuda inocencia que los envidiara Longo para su «Dafnis y Cloe». Con la muerte de Boat en Londres, Bynoe le echa un nudo al pasado y casa con una prima comprensiva.

Los indios tienen las cualidades y los defectos de todos los indios, más algunos y algunas especiales y singulares, naturalmente. La obra está escrita contra ellos, y en ocasiones alcanza tonos furibundos, en que se acopian epítetos terribles para significar los disvalores de esas pobres gentes cuya mentalidad no es juzgada con criterio científico semejante al de Lévy-Brühl, por cierto.

Hay pasajes curiosísimos para provocarnos larga perplejidad. Son los que refieren progresos y ocurrencias de los indígenas, a poco de alcanzar envidiable dominio de la lengua de Wilde. El indio York—pongamos por caso—rebate las pruebas acumuladas por su profesor en torno a la redondez del planeta, y lo hace como hombre aplomado y disertado, al extremo de desconcertarlo. Este y muchísimos otros donaires, reconocen sólo a duras penas prelación en los académicos araucanos de Ercilla. Y se leen hasta con deleite, como catarsis de sesudez y anhelos de sueño, cual debe ocurrir en una «simple novela de aventuras».

Con la deslealtad, hipocresía, cleptomanía y tantos otros vicios de los indios, contrastan las virtudes inglesas. El autor agota la flexibilidad del léxico para actualizar anglofilia, sin que sean las expresiones más ditirámbicas «la discreción inglesa», «la indispensable puntualidad inglesa», «la buena flema británica», «la delicadeza inglesa», «la cortesía inglesa», «la envidiable flema inglesa», «la bonhomía con que sólo saben hacerlo dos ingleses», etc., etc. Nos imaginamos el displacer con que nuestro autor acogerá en las bioti-

pologías contemporáneas la diátesis o propensión del temperamento flemático: la idiotez...

Consecuentemente con la anglofilia fortísima, exhibe Subercaseaux violenta americanofobia. Comienza en el ofertorio de la primera página: «A mi buena y abnegada amiga Miss Florence E. Smith, misionera. Y a cuantos han sufrido de nuestra América como de una penosa y heroica enfermedad, curable sólo con la renuncia al amor o la aceptación de la muerte». Y culmina con la afirmación de que debemos la Independencia a Lord Cochrane y el deseo de que Inglaterra hubiera impuesto su hegemonía en la zona austral... (?).

El prejuicio antifemenino de los sexos se hace palpable en «Jemmy Button» como el étnico antiespañol.

Son particularmente primorosas las meditaciones de Boa María, prostituta de Río Janeiro con cuerpo de «muchacho», que no contenta con entibiar a Fitz-Roy—y ya es muchísimo—opina sobre el porvenir de América: «Mi Brasil se salvará, Robert, porque lo poblaron los portugueses y los negros. El resto de América se perderá, porque lo tiranizaron los españoles y lo corrompió el indio; ¡El resto de América es india hasta los tuétanos, Robert! ¿Qué puede contra ellos tu raza inglesa? (p. 699). Nuestra flamante hetaira, nuestra nueva Diotima se diploma con desparpajo en psicología étnica, como vemos, pues ni siquiera da de barato la excelencia descubridora y conquistadora española, sin paralelo histórico. Pero esto de la superioridad de los negros y el indigenismo de los americanos entre los cuales habría que incluir hasta los yanquis, es muestra liviana de tantas peregrinas opiniones como se sustentan en «Jemmy Button». No

creemos quedar peor parados en ninguna obra de nuestra literatura ni de la ajena.

Las arbitrarias generalizaciones del autor en psicología racial llegan al paroxismo. Y son curiosas las inconsecuencias y hasta las contradicciones iteradas, pues al paso que predica la flema inglesa como si ésta fuera la primera de las virtudes humanas, ninguno de los protagonistas actúa de cierto como su depositario. El propio Fitz-Roy—compendio del *gentleman* según el autor—cede a la ira energuménica arrojando de su camarote nada menos que a Darwin, y ello porque éste lo supera en argumentaciones. Bien es cierto que tamaño proceder se compadece con el complejo de inferioridad que suele afectar la forma adversa de superioridad, tan natural en un ser que, siendo vapuleado por la madre, halla refugio a medias en una prostituta. La misantropía y misoginia del comandante son de edipiana alcurnia; poco o nada tienen que ver con la idiosincrasia británica.

Para sugerir a esta última, consideró oportuno el autor la intercalación de expresiones en lenguas inglesa, al hilo de los diálogos. No ha sido uno de los procedimientos técnicos menos infelices por su detestable artificio. Resulta con franqueza cómico este zurcido de lengua, este maridaje hispano-británico de expresiones orales. Tanto como el dominio del inglés por los indios, que llegan a lucubraciones enjundiosas en este idioma caro para Subercaseaux a pesar de que en el propio disponían apenas de voces concretas y casuísticas, jerga de salvajes huérfana de la infinita flexibilidad morfológica y sintáctica de cualquier lengua literaria de nuestros días, y si más nos aprietan, de hace trescientos años.

Junto con esquematizar a menudo los caracteres sin

su prospección para que los lectores juzguemos con objetividad rigurosa, toma partido Subercaseaux en las distintas situaciones, sea para censurar las actitudes que no calzan con su criterio especialísimo o elogiar aquéllas que lo satisfacen. Las disquisiciones y digresiones toman entonces sentido moral «sui generis», se ven teñidas por el más subjetivo de los colores, y no es raro den al traste con cuanto la ciencia ha avanzado en los predios éticos. El autor finge decidida ignorancia por la relatividad histórica y geográfica de la conducta, y pretende aplicar la medida de ciertas convenciones europeas en la valoración de salvajes, con que indudablemente no prosperan los menguados.

Apartela mendacidad de «Jemmy Button», por ejemplo, acomete contra la tozudez y la inclinación al hurto del indígena, mientras hace el elogio de los marineros Elsmore y Evans, encubridor uno del asesinato por York de Williams, y el segundo del robo de un reloj de oro a Fitz-Roy por Jemmy. Ahora bien, York mata a Williams porque éste abusa sexualmente de la indiecita Fuegia, de quien el alikhoolip está enamorado al punto de querer desposarla; Jemmy Button desconoce las fronteras de la propiedad, y un reloj de oro vale tanto como un abalorio cualquiera, un botón, por ejemplo, de la clase que los honrados ingleses le dieron al padre o «hitapuan» cuando mercaron al apuesto adolescente en Wulaia. ¿Dónde la grandeza de Elsmore y Evans? ¿En no desilusionar a Fitz-Roy? Antes nos parece delito, no disuadirlo en su ingenuidad y permitir que se le siga engañando...

La desproporción entre los hechos y la actitud de Fitz-Roy es monstruosa, siempre que nos atengamos a las apariencias, pues en la esencia recóndita las co-

sas pasan de muy diferente modo, atendido el complejo sexual que lo atenaza. En efecto, nuestro comandante decide la restitución de los indígenas por el acoplamiento de York y Fuegia, que su «fema» no puede tolerar, sin embargo de acomodarse a leyes de la especie humana que cuentan entre las más laudables. No sabemos si el puritanismo de nuestro capitán hubiera condenado también las extrañas relaciones de Jemmy con el adolescente Jonkind, cuya libido incontenible aflora en un almácigo de espinillas faciales que Subercaseaux se solaza en decantar largamente y nosotros en celebrárselo.

Lo que sí nos interesa es el carácter del comandante, aledaño sin duda del llamado esquizotímico por Kretschmer. Es una personalidad «hendida», una vida lacerada. Más bien pudiéramos considerarlo esquizoide, por su tendencia al autismo y su temperamento insensible, aparte la solemnidad ceremoniosa con que se disfraza y muchas otras determinaciones que huelga enunciar. La obra de Subercaseaux debió llevar el nombre de Fitz-Roy, si anhelaba precisarse en el título.

El autor se proyecta especialmente en Benjamín Bynoe, quien lleva un Diario en que va remansándose la vida a bordo de la «Beagle» y donde se hacen reflexiones de todos los órdenes, no siempre encomiables. El mismo procedimiento del Diario va a adoptar Matthews, misionero entre los tekenikas. Nos parece mucho mejor. A su través encontramos ponderaciones evangélicas de calidad, que no casan con prejuicios papistas ni protestantes, y que constituyen lo más valedero de la obra, conceptualmente considerada. Las especulaciones en torno a la Biblia se exageran en «Jemmy Button», tornan morosísima la acción y nos hacen sos-

pechar que habríamos salido todos ganando si el número de páginas se hubiera reducido cuando mucho a la mitad.

El estilo es desparejo, sobre todo en la adjetivación. Por un acierto, cuentan abundantísimos lugares comunes. A las frases hechas hay que agregar el abuso del paréntesis, signo elevado a la categoría de sustancial con el parlamento de cinco centenares de representantes. Dan la impresión exacta de saludarse, hundida la cintura y las posaderas saledizas.

El todo, no obstante, supera a la suma de los elementos que lo componen. Desde el punto de vista cualitativo, se entiende. Por otra parte, la novela es género resistente. Mientras ni un poeta ni un ensayista deben escribir mal, el novelista se permite hacerlo echándole la culpa a sus personajes, por cuyas bocas habla. Subercaseaux tiene frecuentes aciertos expresivos, y «Jemmy Button» ha de salvarse por ello y por la atmósfera heterogénea que suscita, desde la desolación fueguina a la complejidad londinense.

Desde luego, llama la atención el dominio que posee del lenguaje técnico marineró. Es acabado. Cuando describe faenas marítimas en la bonanza o la borrasca, el procedimiento se torna de vigorosa plasticidad. Hay pasajes con destino antológico, lampos que enhechizan. Nos enorgullece pensar que la Marina Chilena (aunque no es Real) sea quien ha inspirado a Subercaseaux para exaltar a sus héroes británicos. En lugar de éstos, nos hemos imaginado a los compatriotas que figuran en la Post Data, en especial al comandante del transporte *Micalví*, don Rogelio Peña, de «trato amable y comprensivo» y de «carácter continuo, firme y sereno»; y nos imaginamos también al asistente Florentino Zavala, «leal colaborador en los

innumerables desembarcos y excursiones por las islas desiertas de la región fueguina», hombre extraordinario éste a quien el novelista debe «la confirmación del canibalismo de los tekenikas, en excavaciones que el propio Zavala practicó y que dieron razón a Darwin, contra la afirmación de muchos sabios de su época y de la nuestra».

Subercaseaux mismo no se percata hasta qué punto se halla dominado por los tipos físicos y psicológicos de la Marina Chilena. Hasta el extremo—simplemente—de que los presuntos británicos tienen la apariencia postiza, caricaturizada, de «pastiches». Si hubiera reparado en ello, le deberíamos ahora la obra con que geográficamente se iniciara nuestra literatura, para continuar en «Cabo de Hornos», de Coloane y proseguir con «Gente en la Isla» de Rubén Azócar, «Huipampa» de Nicasio Tangol, «Frontera» de Luis Durand, «Zurzulita» de Mariano Latorre, «Gran Señor y Rajadiablos» de Eduardo Barrios y alguna otra que por ser profundamente chilenas son trascendentalmente universales. Secreto que explotó quien escribiera: «En un lugar de la Mancha...» Porque lo singular es universo, según se enseña a los escolares en Lógica.

Subercaseaux hace caudal de nuestra ingratitud, del «pago de Chile». Pero ¿acaso él lo ha experimentado? No lo creemos, y sí lo contrario. Pues aparte la experiencia marítima que el Gobierno le ha hecho posible y que él periféricamente reconoce, por dos veces se le ha honrado con Premio Municipal, y por muchos le aceptamos sus inconveniencias y hasta dislates valorativos. Y estamos seguros de que continuaremos «comprendiendo». ¿O habrá que inspirarse en él propio en lo del «pago de Chile?» Pues no sabe-

mos que haya renunciado a la nacionalidad que tanto lo ha distinguido y seguirá distinguiendo; y hay constancia en cambio de que la ha vapuleado con notoria injusticia, con desconocimiento claro de lo vernáculo valioso e inverosímil ignorancia de la extraordinaria cultura española, ¡cultura que desconocen en la raíz varios corifeos anglosajonófilos que usufructúan de nuestra probada buena voluntad hacia los débiles!...

Es cierto que el rigorismo lógico de Subercaseaux deja infinito que desear, pues administra el vocablo «americano» sin sospeche de sus notas extensivas y comprensivas. No sólo llega a confundirlo con indio, si no con indio chileno. Y ni siquiera con indio chileno, sino con alacalufe, ona o tekenika. Pero lo entendemos. Y lo entendemos porque *queremos* entender. ¡Ojalá él quiera hacerlo con nosotros algún día, en la seguridad de que le extenderemos la mano siempre, en la conciencia y la confianza de que con nosotros no le ha de ocurrir lo de aquél Mister Jara con los yanquis del formidable cuento de Gonzalo Drago!

Queremos recuperar a Subercaseaux, escritor de talento. De talento eruptivo y temperamental, con grandes recursos cuando coge lo que se le hinca emotivamente, tanto en el afecto como en el desamor. En «Jemmy Button» lo confirmamos con sobrada amplitud, pues la pasión que ataca al indio, el odio que contra él enciende, no son más que el reverso de la moneda ombivalente de todo afecto, nada más que la cruz en la medalla cuya cara es de la más fina ley erótica. Le pasa a Subercaseaux con Chile, a quien ama mucho sin saberlo, y con errada apariencia.

Nuestro escritor conoce la agencia del matiz. Por

algo tiene apellido galo, no atesora por casualidad ancestro paisano del que dijo «La nuance, rien que la nuance, etc...»

Pero junto al matiz y al comedimiento franceses, el creador del indiecito anfígeno Jemmy Button tiene el influjo geográfico-cultural de un país de atrevido perfil literario, y constituye una fuerza. Dice Kierkegaard que la desesperación y la angustia nacen de que cada cual quiere ser el que es y quiere no serlo, simultáneamente. Le ocurre a Subercaseaux. Y en esto sí que le convendría tomar partido...

Pensamos en una lengua, sentimos con cierto pueblo, con determinada nacionalidad. La condición humana es de tal naturaleza que limitándose comprende, y ensanchándose ignora, o revienta, como la rana aquella de la fábula que anheló igualarse con el buey.

A Neruda le dijeron que «era completamente de Temuco». Cervantes se adelantó al denuesto laudatorio expresando que su ejemplar era completamente de la Mancha. ¿De dónde pretende ser Subercaseaux con obra tan anfibia como «Jemmy Button»?

Con experiencia tan valiosa, con pie en tierra firme, nuestro novelista ha renunciado a crear una obra de arte imperecedera en su conjunto, por hallarse «huído», por no atreverse a ser el que es: chileno y algo más.

Que recuerde la bíblica admonición: «El que quiere ganar su vida, la perderá...» Y todo cuanto él se sabe muy bien. Y que esperamos sólo practique.

No aguarde entre nosotros blandas actitudes intelectuales. Quizá sea el nuestro país donde la crítica o suprema agencia del espíritu tenga sede natural. No le disguste, porque es actitud cristiana preclara. ¿No dijo el Mesías que no había venido para poner paz,

sino para meter guerra? Es decir, para que se introdujera la salud mental, abono de cultura, como Heráclito lo quería quinientos años antes.

Hay en «Jemmy Button»—entre muchos aciertos que acusan a un artista de acendrada calidad—descripciones naturales en que los sentidos ejercen vigilancia y tuición aristocráticas, difícilmente superables, de muy largo valiosas. También retratos humanos físicos de reciedumbre, temperatura y libertaria sinceridad paganas que han de permanecer a despecho de disonancias, barbarismos y de cuantas limitaciones fragüe la malhadada retórica, porque tienen carnadura estética inobjetable.

Y algo aún:

Se desprende la tesis de la ineducabilidad de nuestros salvajes australes, según Subercaseaux. Recordemos que Jemmy Button se reincorpora a un primitivismo insensible hacia las desdichas del buen Matthews, y hasta se nos advierte en una nota que al cabo de cinco lustros afinó su fiereza al extremo de dirigir la masacre de una partida de misioneros.

Para quien conoce las leyes polares de la conducta, para quien sepa que no existe virtud sin apoyo en vicio equivalente ni torcido impulso que no aflore en tuerta actitud, el comportamiento del indígena es explicable y es humano. Ha sido Rousseau quien ha llamado la atención hacia un impulso primario esencialísimo en toda juventud: el impulso a la libertad. Cuando no se le satisface, se traduce en vicios como la tozudez o la mentira u otros mayores y más peliagudos. También se sabe que en los huertos de la conducta no sólo coexisten flor y maleza, sino una desarrolla a la otra, por lo cual puede aguardarse virtud sólo de los pecadores y pecado sólo de los virtuosos: esta pa-

radoja existencial de verificación simple, inmediata e ingenua, es la base de toda pedagogía. Y Jemmy Button es otra de sus infinitas verificaciones.

Si del individuo humano trascendemos a los pueblos, la historia nos probará hasta el cansancio que han sido grandes aquellos que ofrecían las más compactas capas de primitivismo, de brutalidad: ahí tenemos a los «bárbaros» todos, sin exceptuar, por supuesto, a los antepasados de los «flemáticos» ingleses. Ni qué decir sobre germanos con las tribus egregias de los francos y visigodos.

Frente a Jemmy está York: fabrica con sus propias manos y con medios hiperexiguos una ballenera. ¡Y es que York tenía la edad de Fitz-Roy; podía ser un escéptico y no aguardar demasiado de sus benefactores, seres en lo íntimo egoístas y prepotentes!

No nos extenderemos en especulaciones que hemos entretejido en más de un Ensayo y que desarrollaremos en otros.

Deseamos que nuestro novelista reflexione y medite en la grandeza de los pueblos americanos, y singularmente en la de alguno de ellos, para lo cual ni siquiera debe ejercitar la imaginación, sino estudiar la historia de sus objetivaciones culturales ya grandes en seco: ¡mañana han de ser magníficas en mojado!

«Jemmy Button» permanecerá como paradigma literario de un buen autor que sacrificara gran parte de sus méritos en homenaje a prejuicios que él mismo creía no poseer...